

Augusto Ángel Maya

Los ideales de la filosofía

RESUMEN

La necesidad de construir una filosofía hipotética al servicio de un hombre enraizado en su contexto terreno es puesta de manifiesto a la luz de la situación histórica actual, donde los retos de la democracia y la relación del hombre con su entorno demandan una propuesta filosófica que revalúe la metafísica y el dogma como puentes de la cultura. En este contexto, el rescate de la utopía se presenta como requisito fundamental para tal propósito.

ABSTRACT

The Ideals of Philosophy

The essay exposes the need to construct a hypothetical philosophy which serves man rooted in his earthly condition, in light of contemporary history, in which the challenges of democracy and man's relation to his environment require a philosophy that reevaluates metaphysics and dogma as props of culture. In this context, salvaging utopia becomes a fundamental requisite for such an end.

PALABRAS CLAVES:

Filosofía, metafísica, democracia, naturaleza, sociedad.

EL AUTOR:

Doctor en Historia. Cofundador del Instituto de Estudios Ambientales. Doctor Honoris Causa en educación ambiental de la Universidad de Guadalajara. Recientemente publicó *El retorno de Ícaro. La razón de la vida*.

* Este texto es la conclusión del libro inédito *El enigma de Parménides*.

Lo que hay que preguntarse es si todavía es posible hacer filosofía y, si es posible, habría que preguntar si es válido. Y si válido, hay que preguntarse sobre qué bases construirla. Quizás la primera tentación metafísica que hay que rechazar es la creencia de que se puede construir "la" filosofía. Lo que ha debido quedar claro en los análisis anteriores* es que no existe "una" filosofía y que toda filosofía que aspire a ser única ya no es filosofía sino metafísica o quizás religión. La filosofía se construye en el terreno hipotético. No es dogma sino hipótesis. Es un camino de acercamiento a la realidad, pero la realidad es algo que ayudamos a construir al mismo tiempo que pensamos. Es un camino de acercamiento a la verdad y no "la" verdad. Parte del principio de que no existen los absolutos, porque el mundo es necesariamente relativo y a la filosofía sólo le concierne la reflexión sobre el mundo, es decir, sobre la "físis". El mundo es devenir y no ser. Todo intento de introducir el Ser en la filosofía remata en metafísica. El Ser no puede tener otras características que las que le asignaron Parménides y Meliso: es inmóvil, eterno, infinito y, más grave aún, es la "única verdad". La verdad absoluta nace de la mano del Ser absoluto. Si existe lo absoluto, el devenir no puede ser sino la imagen diluida de una realidad trascendente.

La metafísica de Parménides tenía que convertirse en la metafísica de Platón. No vale la pena de que exista el Ser si no es para explicar por qué existe el devenir. Si el Ser

existe, el devenir tiene que ser por fuerza un apéndice, o sea, un ser degradado. Con la aparición del ser, el devenir pierde su vigor, su realidad, su independencia. Mientras más se consolida la realidad del ser, más se degrada la del devenir. La filosofía de Platón tenía que rematar en el dintel de la religión. Las contradicciones de la metafísica sólo se pueden plantear en el terreno del dogma, precisamente porque allí no se resuelven. Allí puede existir el dios arbitrario de Pablo de Tarso, sin que nadie pueda explicar o criticar su existencia. El dios arbitrario sólo puede existir en función de un hombre esclavo. La naturaleza y el hombre se convierten en una "masa de perdición", que sólo puede ser redimida por el arbitrio divino. El dios de Pablo sólo redime a los que quiere y no tiene razón alguna para quererlos. Es un acto absolutamente libre y gratuito, como corresponde a un dios arbitrario.

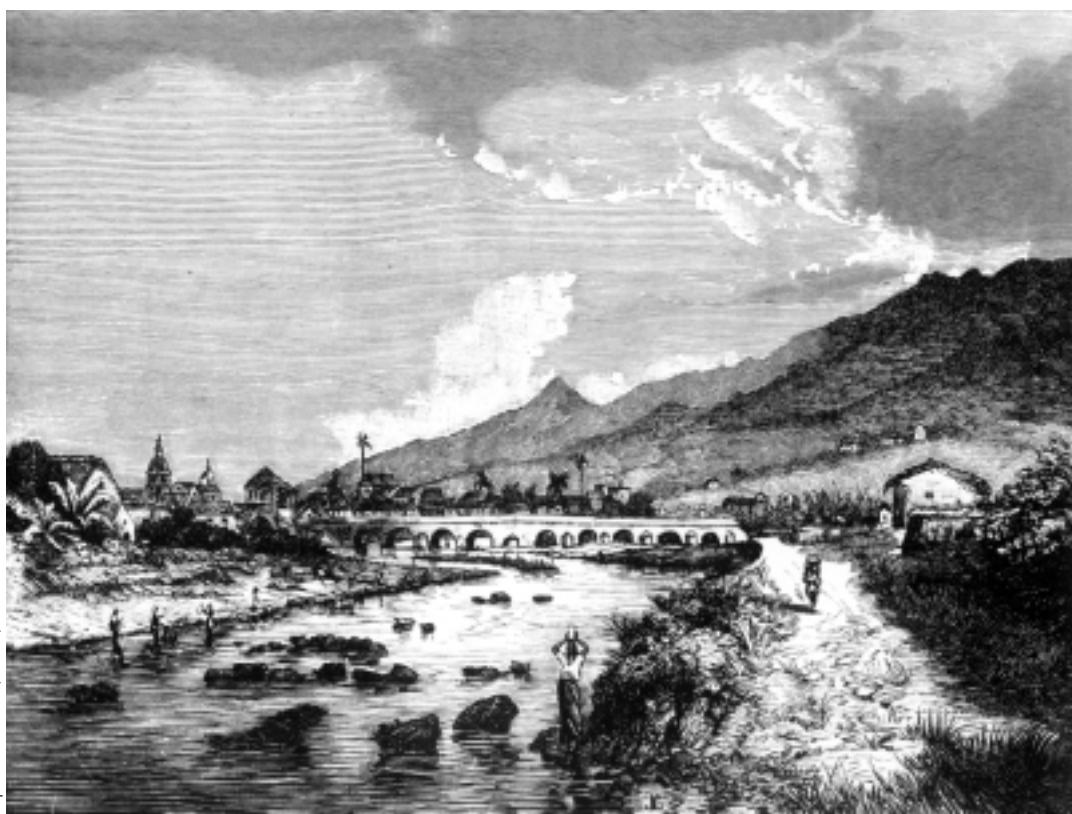
En esa perspectiva fatídica y degradante ha estado sumido Occidente durante dos milenios, aunque haya intentado a veces explicar ese aterrador misterio con benignas interpretaciones. Cualquier interpretación del misterio cristiano es metafísica. Como lo comprendió Heidegger, no puede haber una filosofía cristiana. Por ello la resurrección de Aristóteles en suelo cristiano no podía ser sino subversiva. La buena voluntad de Tomás de Aquino por bautizar a Aristóteles sólo podía probar que el Estagirita no era cristiano y no podía serlo. La Escolástica tenía que terminar como terminó, o en la doctrina de la doble verdad o en el delirio del dios arbitrario de Occam.

La partida estaba jugada: o se acepta la ciencia o se regresa a la metafísica. La filosofía, si quiere ser algo, no puede ser otra cosa que una reflexión sobre los resultados de la ciencia. Si pretende racionalizar el dogma no es otra cosa que metafísica.

Ello explica tal vez las incertidumbres de la filosofía moderna. Había que aceptar las conclusiones de la ciencia, pero era difícil y peligroso extenderlas al dominio del hombre. Descartes fluctúa entre la consistencia geométrica de sus conclusiones científicas y la exigencia de conservar para el hombre un hábito de espiritualidad. Su esfuerzo ambivalente remata en la metafísica de la armonía preestablecida. Pero esta metafísica se derrumba en Spinoza con la exigencia de un cosmos unitario, en el que incluso dios está sometido a la rígida causalidad de la física. Si se quería salvar la metafísica, después del esfuerzo desacralizador de Spinoza quizás no había otro camino que restringir los derechos de la ciencia, para que no se atreviese a entrar en el terreno de la trascendencia y coartar igualmente el derecho de la trascendencia, para salvaguardar la autonomía de la ciencia. Kant instaura la metafísica de la libertad, en lugar de la metafísica de las ideas. Era quizás el último refugio posible de la metafísica. Si no se podía salvar la trascendencia a través del raciocinio lógico, como lo había demostrado la Escolástica, se podía acceder a ella por el camino de la libertad.

Pero también este refugio fracasó. Si la naturaleza como "fisis" es un sistema unitario, tiene que incluir también la libertad.

El puente de Cali (Cauca).



Con Hegel se derrumba el último baluarte de la metafísica y ello aunque se siga jugando con el lenguaje metafísico. El golpe final provino de dos lados opuestos: por una parte la filosofía sociológica de Marx, y por otra, el voluntarismo biológico de Nietzsche. Ambos luchan desde sus propias fronteras contra los fantasmas metafísicos y contra los dogmas religiosos, pero mientras Marx permanece fiel a los ideales humanistas de la Ilustración, Nietzsche intenta destruir las bases de la cultura. En su opinión, toda la cultura occidental, incluida la filosofía y el método de la ciencia están impregnados de resabio metafísico. Por ello el futuro tiene para ambos un signo diferente. Mientras Marx cree en la transformación de la cultura y señala los caminos para superar las contradicciones actuales, Nietzsche sólo propone como alternativa la construcción de un "super-hombre", que nunca explicó en qué consistía. Por ello la salida de Nietzsche sigue siendo más metafísica que el análisis sociológico de Marx, así este análisis esté impregnado igualmente de un optimismo iluminista.

Hoy nos encontramos ante una sociedad que no logró construir la utopía marxista y que no ha podido descifrar el significado del superhombre. Una sociedad amenazada por el predominio técnico y por la masificación de la cultura. Es esta sociedad la que pretende analizar Heidegger, pero no ya con base en la sociología, como lo había hecho Marx, ni con base en el entusiasmo pasional de Nietzsche, sino aplicando nuevos instrumentos metafísicos que permitan superar la metafísica. Esa es la grandeza y la limitación de Heidegger. Hasta allí llega nuestro análisis. Más allá o más acá nos encontramos ante la incertidumbre vaporosa de los post-modernos, que no creen en la ideología, pero siguen haciendo ideología, que no creen en la historia, pero siguen viviendo en ella y construyéndola, que no creen en los meta-relatos, pero cuyo meta-relato es la incertidumbre y la falta de definición política.

Lo que hay que preguntarse de nuevo es si, después de la muerte de la metafísica, vale la pena perseguir sus fantasmas. Pero los fantasmas no han muerto y siguen dominando la cultura. El dogma no necesita esconderse en la metafísica, pero se sigue escondiendo allí y, con metafísica o sin ella, sigue presente de manera agresiva. Domina a través del temor y de la imposición en la conciencia de una vasta mayoría. Hoy día se impone no con tribunales de inquisición, sino con bombas y terroristas suicidas. Pero también siguen pre-



sentes los fantasmas metafísicos. La filosofía sigue impregnada de platonismo, al igual que la historia y gran parte de las ciencias sociales. Uno de los grandes problemas de la literatura actual es que se atascó en los pantanos de la metafísica y no ha podido retornar sino con remordimientos al encanto de la experiencia terrena. Platón está presente en la cátedra universitaria y no como recuerdo inofensivo del pasado, sino como conciencia actuante del presente. A pesar de Hegel, a pesar de Nietzsche y de Marx, la metafísica no ha muerto y sigue inoculada en el pensamiento filosófico.

Por esta razón bien vale la pena luchar por la formulación de una nueva filosofía o por el retorno a la auténtica filosofía. Ella es la que debe cimentar las bases de una nueva cultura. De acuerdo con la experiencia histórica, que es la única experiencia que poseemos, ¿cuáles pueden ser las bases de esa nueva cultura? A pesar de los prejuicios antihumanistas del último siglo esa cultura debe estar de nuevo centrada en el hombre, pero en un hombre enraizado en su contexto terreno. Hay que recuperar el valor y el entusiasmo humano por el devenir. Hay que volver a Heráclito y a los jonios de una manera decidida y para ello es necesario enterrar una vez más los últimos brotes del Ser, sea trascendente, sea desacralizado. No se trata de un devenir idílico, sino de la realidad de este devenir contradictorio, en el que se conjugan el bien y el mal, la belleza y la fealdad, el amor y el odio y hay que convencerse de que esa es la única experiencia de vida.

Con el Ser, hay que seguir enterrando la Verdad, con la que la diosa alucinó los oídos de Parménides. La elección no se da entre la verdad y la opinión, sino entre las diversas opiniones. Ello significa que la filosofía debe ser hipotética. Sin necesidad de cubrirnos con el techo de la trascendencia y sin caer en la tentación del relativismo, debemos recuperar del Cusano y de los sofistas la idea de que toda verdad es relativa, es decir, es opinión. La única manera de superar el relativismo no es la metafísica, como lo pensó Platón. Decidirse por el camino hipotético no significa por fuerza deslizarse en el relativismo absoluto. Las opiniones no pertenecen solamente a los individuos, sino que son los fundamentos de la cultura y no es verdad que ésta se construya necesariamente sobre la mentira. La opinión no es la verdad absoluta, pero tam-

poco es la mentira absoluta. Nietzsche no tenía razón.

Una filosofía hipotética no es, pues, un simple juego de azar entre opiniones individuales. Como lo comprendió Hegel, toda opinión está afianzada en el seno de la cultura y ésta va seleccionando las opiniones más sensatas a lo largo de la historia. Nos deberíamos contentar con el criterio de la sensatez. Es insensato seguir sosteniendo la teoría astrobiológica después de Copérnico y Galileo. Es insensato sostener la permanencia de las especies, después de Darwin. Oponerse a la metafísica no significa caer en el relativismo de la opinión. La cultura ha significado un largo y penoso esfuerzo por abrir caminos en la espesura de los prejuicios, de las supersticiones, de la barbarie de la guerra, de la arbitrariedad del poder. El hecho de que estemos arrojados o aherrojados en las cadenas de la cultura, no significa que no podamos transformarla. La historia no es más que un prolongado esfuerzo por moldear la cultura, para bien o para mal, a veces progresando hacia una sociedad más justa o más igualitaria, a veces retornando a la barbarie de la inquisición y del fanatismo. Después de Heráclito puede venir Platón. El esplendor de la cultura griega puede ser de nuevo pisoteado por las rudas botas de los soldados romanos y los dioses olímpicos pueden ser reemplazados por el ascetismo masoquista de los santos cristianos.

No vamos hacia ninguna parte. Caminamos simplemente por los caminos que construimos y es sobre las contradicciones de la cultura como podemos construir cultura. Una filosofía hipotética es la única que puede fundamentar una cultura dialógica. Matar la verdad absoluta de Parménides quiere decir reconocernos en igualdad de circunstancias, para sentarnos alrededor de la mesa redonda. Si queremos seguir viviendo todavía en este ignoto planeta, tenemos que construir una cultura de diálogo. Una cultura construida sobre la "voluntad de poder" sólo puede llevar, como llevó de hecho, a la barbarie del poder. La sensatez consiste en aprender de los errores de la historia, errores que en ocasiones se convierten en catástrofes. El poder es el que impone su propia verdad como dogma.

Pero el poder no se manifiesta solamente en las extravagancias políticas de un psicópata. A veces se esconde en la omnipotencia tecnológica de un imperio, que puede definir desde su altura metafísica cuáles son los ejes del mal. Los dioses evangélicos justifican la masacre de Vietnam o de Irak y



Alá justifica el terrorismo suicida. Hasta el momento, o quizás desde el neolítico, no ha nacido ningún dios democrático, salvo quizás el "Padre" de Jesús, que tuvo, como tenía que tenerla, una vida efímera. ¿Será posible que surja un dios que permita el diálogo y no imponga "su" verdad? Todos los dioses susurran su verdad en los oídos de sus neófitos. La absoluta verdad de Parménides necesitaba un dios absoluto y Platón lo fabricó.

Toda verdad absoluta se esconde bajo la capa de un dios absoluto.

El diálogo significa que mi opinión es simplemente una hipótesis expresada en el ágora. Una hipótesis que tiene que someterse a la prueba del diálogo para construir cultura. El error sofista consistió y sigue consistiendo en pensar que todas las opiniones que se debaten en el ágora son igualmente válidas. Ese fue el error de los sofistas griegos y sigue siendo el de los sofistas post-modernos. El diálogo es una experiencia fascinante precisamente porque mi opinión puede ser derrotada, y no derrotada por el poder sino por argumentos más válidos o más sensatos. En el diálogo democrático no siempre se gana y es democrático solamente el que está dispuesto a perder.

La democracia no consiste, sin embargo, en la tiranía de las mayorías. Ello no significa que tengamos que someternos a un código trascendente, tal como lo pensaba Platón. A nombre del poder tecnológico, apoyado por una mayoría, no hay derecho a pisotear acuerdos internacionales que han costado tanto trabajo construir. El poder se ejerce a veces sobre las mayorías y entonces las mayorías apoyan el poder. El juego entre el poder ideológico y las mayorías supuestamente democráticas es la trampa más perniciosa de la cultura moderna. La democracia no debe ejercerse solamente en el derecho a votar, sino también en el derecho a pensar y a pensar independientemente del poder. Mientras no exista un pueblo con igual acceso a la educación y a la información, no existe verdadera democracia. El poder hoy no se ejerce solamente por la superioridad tecnológica, sino por el manejo de la información. La opinión pública está dominada por los medios y los medios por el poder económico, y el poder político por lo general está al servicio del poder económico. La gente cree que vota libremente, excepto cuando le compran el voto, pero no se da cuenta cuándo le compran la conciencia. A esta democracia manipulada no

la podemos llamar democracia. Así como existe el poder corrupto del caudillo, existe el poder corrupto de las mayorías. La ilusión de la democracia mayoritaria consiste en que se olvida que no todos tienen igual acceso a la educación y que muy pocos tienen acceso a la información.

La democracia sólo es válida en una sociedad de iguales, pero la igualdad sigue siendo una utopía. Llegar a la igualdad absoluta es como querer llegar a la verdad absoluta. La igualdad absoluta sólo se puede imponer por la dictadura absoluta. Sin embargo, la igualdad sigue siendo un ideal por el que vale la pena luchar, aunque siga siendo una utopía, como vale la pena seguir luchando por la libertad, aunque la libertad absoluta siga siendo igualmente una utopía. La democracia es la conjunción de dos utopías: la utopía de la libertad y la utopía de la igualdad. Pero la historia es una lucha permanente por alcanzar las utopías, sólo que debemos ser conscientes de que son y seguirán siendo utopías.

La cultura tiene, pues, horizontes hacia dónde expandirse. La construcción de la libertad y de la igualdad sólo se ha iniciado. Queda un largo camino por recorrer o, por mejor decir, un camino sin término, porque nunca lo podremos concluir. La historia es necesariamente una ruta abierta y mientras sea historia permanecerá abierta. No vale la pena tampoco caer en la metafísica de la igualdad o de la libertad. La libertad absoluta es la barbarie absoluta, en ello Hobbes tenía razón, y la igualdad absoluta es un idilio religioso petrificado. No se trata de construir la libertad y la igualdad, sino de caminar hacia ellas. Siempre seguirán siendo utopías, pero son las utopías las que mueven la historia. El paraíso no está ni al principio ni al final del camino del hombre.

Esa es la historia centrada en el hombre y toda historia es necesariamente humana. La naturaleza sin el hombre tiene evolución pero no tiene historia. El otro aspecto que una nueva filosofía debe resaltar es la diferencia entre evolución e historia. Para bien o para mal, la aparición de la especie humana ha roto el eje de la evolución, no tanto porque la evolución haya dejado de existir, sino porque ha cambiado de signo. Con la especie humana cambiaron las reglas del juego. De la adaptación orgánica se pasó a la adaptación instrumental y desde ese momento el hombre fue arrojado del paraíso y no puede regresar a él. No existe camino de retorno. El hombre es un animal tecnológico y no puede renunciar a su condición. La tecnología no es algo que esté allí en el mundo "yecto", sino que es un imperativo de la evolución. No se necesita metafísica para interpretarla. No es un atributo del Ser, como quiere Heidegger, entre

otras cosas porque no pertenece a todo el Ser, sino solamente al hombre.

El hombre tiene que abrirse camino en la selva con el hacha de piedra. El hecho de que la adaptación humana no sea orgánica sino instrumental, significa que el hombre es el que tiene que fabricar su propio destino, empezando por la construcción de su propio hábitat. No recibe por transmisión hereditaria los instrumentos que necesita para subsistir, sino que se los tiene que fabricar él mismo. Pero esa base tecnológica le da una amplia ventaja sobre las demás especies. Una ventaja peligrosa, pero real. El ser humano es el único que, por no estar fijado a un nicho, puede progresar como especie. Es a eso precisamente a lo que llamamos historia. En el hombre la evolución tecnológica se convierte en historia.

Pero la adaptación instrumental tiene una consecuencia más importante. El hombre sólo se puede construir como especie transformando el sistema natural. La historia significa, pues, que la naturaleza ecosistémica se convierte en una naturaleza humanizada, una naturaleza impregnada o preñada tecnológicamente. El destino histórico del hombre está ligado necesariamente a la humanización de la naturaleza. El hombre no es un ser metafísico, sino ante todo, un animal tecnológico. Brota de la tierra en el proceso de la evolución, pero su aparición transforma las leyes de la evolución. Es un ser nacido de la naturaleza, pero cuyo destino es transformar a su imagen la naturaleza.

Estas son algunas de las bases de un nuevo humanismo filosófico. El hombre no puede prescindir de su condición de Prometeo. A esta visión no es difícil encontrarle antecedentes filosóficos. El pensamiento renacentista adelantó algunos presupuestos que pueden insertarse en una nueva cosmovisión humanista. Igualmente el nuevo humanismo puede encontrar soporte en la dialéctica hegeliana y en la sociología filosófica de Marx. Este comprendió por qué el hombre era parte del sistema natural, como lo había intuido Spinoza. Ello significa que la cultura sólo puede construirse en la transformación continua del medio natural, es decir que la cultura es naturaleza humanizada. Por último, la crisis ambiental moderna y las investigaciones ecológicas, han abierto caminos que la filosofía apenas está empezando a explorar.

El nuevo humanismo no tiene, sin embargo, por delante un porvenir claro. No es necesariamente un humanismo optimista. La crisis ambiental significa que la especie humana es la primera que puede suicidarse como especie. Algunos organismos conservan la estrategia del suicidio, cuando se ven amenazados por el hambre o por cualquier

otra condición fatal, pero ninguna especie, excepto la humana, puede amenazar la subsistencia de su propia familia biológica. Más trágico aún es que si el hombre se suicida, arrastra consigo gran parte del reino vivo. Esa es la verdadera tragedia sobre la que debería reflexionar la filosofía. No se trata de construir el superhombre, sino un hombre que aprenda a vivir en la Tierra. Cualquier descuido nuclear puede hacer saltar en añicos nuestro propio hogar.

No se trata sin embargo de un destino necesario, sino de un destino posible. Y la sola posibilidad debe ser suficiente para suscitar la reflexión filosófica. En el futuro no nos espera necesariamente el diluvio, ni Sodoma tiene que ser incendiada en un holocausto nuclear. Cualquier conflagración será el fruto de nuestros actos, no el castigo de los dioses vengativos. Pero de todas maneras, el dominio tecnológico se cierne en el futuro como un signo ambiguo. Todo adelanto tecnológico ha traído su propia incertidumbre. La tecnología no es necesariamente el camino dorado que nos llevará al mundo feliz. Es, al igual que la naturaleza, contradictoria. Puede ser un instrumento de vida o de muerte. Ni las incertidumbres de la tecnología nos deben llevar a la renuncia ascética, ni sus beneficios deben acarrear un optimismo ingenuo. No podemos renunciar, por temor, a nuestro destino tecnológico. El regreso al paraíso está definitivamente sellado.

Sin embargo, aunque el hombre sea por exigencia de la evolución un animal tecnológico, no es la tecnología la que preside nues-

tro destino histórico. La cultura es algo más que un acervo de instrumentos. Es un producto social. Los Robinson Crusoe son devorados por la selva o por el desierto. La especie humana para poder subsistir necesita asociarse. El hacha de piedra es el producto de una necesidad social y es igualmente un producto social. La cultura es algo más que hachas y tractores. Se construye en el trabajo y el trabajo es necesariamente un acto social. La sociedad no surge de un imaginario pacto colectivo, sino de una exigencia de subsistencia. Desde el nacimiento, el individuo está determinado por el pequeño círculo social de la familia. Somos, además de animales tecnológicos, animales sociales.

Ciertamente compartimos la prerrogativa social con muchas especies. También los primates se organizan en familias y las abejas en ejércitos de trabajo. La diferencia es que las reinas humanas no son genéticamente distintas a las obreras. La organización social, al igual que la tecnología, no nos viene ofrecida gratuitamente por la naturaleza. La tenemos que construir. Lo social es, al igual que la tecnología, un producto histórico, o mejor aún, son estos productos los que hacen la historia. Querámoslo o no, estamos abocados a aceptar nuestra condición de Prometeos, es decir de constructores de historia y de cultura. Este, sin embargo, no es un misterio metafísico, sino el resultado de la evolución y es la ciencia la que nos dice cómo ha venido desarrollándose la evolución. La filosofía debe ser una reflexión sobre la ciencia. No hay de por medio en la historia



Una calle de Mérida.

ningún "ser trascendente" ni sagrado ni desacralizado que presida el destino humano. Nuestro único destino es apoderarnos de él.

Sin embargo, este sentido de apropiación no nace simplemente de la buena voluntad. Nace o del poder o de la lucha contra el poder. El poder es, si se quiere, la condensación de la cultura, pero suele ser una condensación cancerosa. Por ello es tan difícil construir cultura. La condensación del poder se inició como apropiación del trabajo ajeno. El padre primitivo que se apropiaba el trabajo de sus hijos condensa poder. El Faraón que se apropiaba del trabajo supuestamente libre, condensa poder. Los emperadores romanos que se apropiaban del trabajo esclavo, corrompieron absolutamente el poder. El dueño de la empresa, que remuneraba el trabajo con un salario mínimo, condensa poder. Pero todas estas condensaciones de poder han suscitado igualmente la lucha contra el poder. La historia está llena de luchas rebeldes. Los tiranos griegos cayeron bajo el puñal, al igual que muchos de los emperadores romanos. Los poderes feudales fueron barridos del poder municipal en las luchas comunales y del solio real en la Revolución Francesa. Muchas de estas luchas han prosperado y han construido cultura, otras fueron aplas-

tadas por los poderes condensados. La Revolución Francesa, a pesar de sus degeneraciones terroristas, sigue siendo la base de los derechos modernos, al igual que la revolución americana o la "gloriosa" revolución inglesa. La construcción de una cultura igualitaria ha costado sangre.

¿Pero es que acaso hemos construido una cultura igualitaria? Europa dominó el mundo a través de la esclavitud y de la colonización. Con sus armas físicas y sociales se apoderó de la riqueza del mundo y todavía las detenta. La independencia de los países africanos no les ha devuelto todavía las tierras robadas. Los grandes negocios de África siguen en manos europeas. Pero tal vez esa sea la historia del pasado. Hoy en día estamos enfrentados a nuevos poderes y nuevas amenazas. Ya no estamos en un mundo bipolar, sino bajo el dominio de un imperio inmensamente poderoso, que utiliza el 50% de la energía fósil del mundo y que para incrementar su nivel de vida tiene que apoderarse de las fuentes petrolíferas.

El núcleo de la cultura moderna consiste en que no puede subsistir sin crecer. Esa es la ley de bronce del capital. No se mantiene el que no crece. El que se quede estancado, es sepultado por la competencia. El capital es insaciable y no se contenta con



Escalera improvisada en un barranco cerca de Baeza.

su propio sustento. Tiene que devorar la competencia para poder sobrevivir. La expansión del capital no se rige por reglas morales. El consumismo, la disminución de la vida útil de los productos, la saturación proteínica son efectos necesarios del capital. Pero el consumismo de algunos trae consigo el hambre de los más. La voracidad del capital no tiene límites, pero la Tierra sí los tiene. Ése es el dilema ambiental del mundo moderno.

Estos son solamente algunos de los temas que deben suscitar la reflexión filosófica.

Como puede verse, ninguno de ellos exige una disquisición metafísica. La construcción de cultura es incumbencia nuestra y todo lo que nos incumbe cae dentro del terreno de la filosofía. Pero se requiere que la filosofía sepulte los restos de la metafísica, para que se dedique a investigar y a aportar soluciones a los problemas apremiantes de la cultura. Una nueva cultura requiere no solamente de una nueva tecnología, sino igualmente de una nueva filosofía. La cultura no se construye solamente con herramientas, sino también con ideas.



Puente sobre el río Maspaloma.